

siempre he despertado en un autobús: /
ajadas oficinistas me rodeaban, muertas
de sueño, encadenadas / a una vida
polvorienta y sin una gota de agua / en
el corazón. Con insaciable sed / he caminado
por los desiertos, toda mi
vida...". Cf. *Destierro por vida*, Lima,
Milla Batres, 1970, pág. 44. Son poemas
hermanos, sí, hasta en la evocación del
desierto (del alma, sin duda).

Teorías del inquilinaje

Álbum de los adioses

Federico Díaz-Granados
Universidad Externado de Colombia,
Colección Un libro por centavos,
núm. 21, Bogotá, 2006, 69 págs.

Esta antología del poeta bogotano se abre con el magnífico *Hospedaje de paso*, cuyos tres versos finales dan fe de un extrañamiento mucho más hondo: "Se marchan siempre sin pagar los inquilinos de mi vida / y el patio queda nuevamente solo / en este hotel de paso donde siempre es de noche" (pág. 13). Rastrear el tópico de la mirada de los otros, sea en el aspecto amoroso como en el poético (el peso del símbolo ajeno), supone estar, por simetría inversa, al acecho de los demás, al anticipo de la imaginación de esa muerte propia que Rilke tamborileaba. De la rutina diaria saltamos a lo desconocido: "¿La muerte será como irse a una casa más oscura / o a un vecindario donde la amargura / se resuelve en un pago de contado?" (*La otra casa*, pág. 31).

Aquí, en pleno albur, conviene situar un arriendo menos pecuniario (en efectivo, quiero decir) y más del tipo préstamo o pagaré en el instante de hallar el rostro verídico que nos correspondería. El inconveniente radica en que la morada es un estado de ánimo, una cuña entre dos viejos conocidos de platónica jerarquía: cuerpo y alma. La melancolía se ha instalado en ese gozne del cuerpo que siempre es pérdida y el alma que nunca es recompensa: "La

vida cierra las persianas / y uno no se encuentra con su cuerpo [...] y en soledad saber [que] somos algo incompleto a la deriva, / una larga temporada baja a la que siempre se retorna" (pág. 17). En esta colección la melancolía renacentista recibe el bautismo romántico de nombre tristeza o nostalgia de los orígenes¹.



¿Cómo sobrellevar esa prenda que es, a fin de cuentas, un ser despojados de toda certidumbre? ¿Cómo impedir que vengan "la muerte y el ropavejero [...] por mi cuerpo con su derrota / o el casero a desalojar, / que es lo mismo"? (pág. 23). Asumiendo el transcurrir como la recuperación del paraíso: "Seguro existirá un cielo que no veré / un cielo con su única estrella" (pág. 58). Asumiendo también el universo múltiple del existir: "Ayúdame a reconocer mis gestos / en los cuerpos que un día fui" (pág. 59). Estos cuerpos o gestos se resumen en los ángeles que merodean como en la película de Wim Wenders².

Las páginas de este álbum de adioses están, asimismo, visitadas por imágenes que intentan, como letras de bolero, contrarrestar la situación: "estantería de ausencias" (pág. 15); "cicatrices del cansancio [...] agrio cereal del fracaso" (pág. 18); "basureros de la vida" (pág. 19); "traje sucio de los mismos augurios" (pág. 35); "escarcha de mis sueños" (pág. 39); "inventario de hemorragias" (pág. 44); "escombros del recuerdo [...] buzones del alba" (pág. 46); "inventario de ausencias" (pág. 55). La respuesta, sin embargo, se

afina al alcance de la expresión. Es lo que sucede con *Inutilidad del oficio*, una radiografía de la escritura en clave del Cobo Borda de mediados de los setenta:

*Y siempre habrá poesía
pero volveremos a las mismas y
[repetidas palabras
todos los temas están dichos
y habrá que repetir en cada
[verso
ritmos ya entonados, amores y
[muertes ya cantados
[pág. 54]*

Esta es la línea que mejor le va a Díaz-Granados, con su bastión en la ironía: "Por qué de los tres misterios / me revelaste primero los dolorosos [...] por qué nos diste estas almas con fecha de vencimiento" (*Oración del derrotado*, págs. 55 y 56); "No fuimos asesinos, ni notarios, ni carteros / y no hicimos pactos entre el decir y el callar. / Volvimos a extraviarnos en el amargo olor de la cocina..." (*Oficios*, pág. 61); "El amor como el silencio solo existe cuando vuelve a nacer" (*Preguntas*, pág. 62). Díaz-Granados les saca más y más lustre a estas circunstancias³.

En algunos casos hay finales melancólicos, un tanto acaramelados: "arrojaré nuevamente mi corazón a los mendigos / con la certeza que ninguno se hará cargo de él" (*La otra casa*, pág. 32); "Se me pasó la vida recibiendo postales, retratos y razones / desde que me dejó con este frío / las nieves perpetuas de mi vida / desde aquella última vez" (*Correspondencias*, pág. 42). Pero el poema vive de regalado y a su regalado gusto: en la posada de Díaz-Granados las palabras, por exigente costumbre, son muy bien recibidas.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. La desubicación de cuerpo y alma viene primero: "¿Qué sastrero tejió estos cuerpos que nos visten de vida / remendados con lágrimas equivocadas / y cosidos con paños y parches de un viejo almacén de baratijas?" (pág. 18); "¿Por qué alma mía / decidiste habitar este

cuerpo que viaja tan de prisa, / desheredado de la maravilla, / como un ángel torpe entre los basureros de la vida? [...] ¿Por qué el azar de escoger este cuerpo / que ya tenía la pobreza y la nostalgia adherida a su piel / y la derrota como su único oficio competente, / para luego colgar el corazón frente al sol de tu milagro?" (págs. 19 y 20); "¿Y si el alma es de piedra por qué ese mineral sueña con tu cuerpo?" (pág. 28).



Luego la señorita tristeza: "Las mujeres han salido de este cuerpo a los portazos / quejándose de mi tristeza" (pág. 13); "No es el leve testamento ni la tristeza de las noches" (pág. 15); "una lengua desconocida para mi tristeza" (pág. 19); "en mis ojos reconozco cada día el licor de sus tristezas" (pág. 21); "Deja en casa las canciones de antaño y las tristezas" (pág. 27); "el lugar de la tristeza en los muebles de la casa [...] ¿De los banquetes familiares y el tío que cobraba sus tristezas?" (págs. 33 y 34); "En San Petersburgo recordó en el Hermitage / mi triste afición por la pintura!" (pág. 41); "pesa su tristeza" (pág. 56); "el amor y el tedio / están hechos a la medida exacta de mis azares y tristezas" (pág. 59); "no conseguí usureros / que permuten las inmensas tristezas terrestres" (pág. 62); "Suponemos que todo esto es el mundo / enormes colecciones de tristezas..." (pág. 66).

2. Sea el paraíso: "¿O fue aquella muchacha cuando me sonrió / en su día libre del paraíso?" (pág. 18); "parentelas que te narran historias del rencor / y luego te cobran la expulsión del Paraíso" (pág. 43); "Acompaña la soledad del poema / y regresa como un ángel, ebria de Paraíso" (pág. 46); "Señor de mis fracasos y agonías / te ruego por mis palabras, única semilla del primer Paraíso" (pág. 56).

Sean sus guardianes: "Aquí la carne de los ángeles se consigue en los mercados" (pág. 19); "No vuelvas a convocar a los ángeles del desespero" (pág. 26); "Los sueños pronostican caída de ángeles quemados" (pág. 34); "Si el hombre tiene la edad de la mujer que ama / yo tendré la edad de un ángel" (pág. 47); "Urgente escucho un blues / para convocar a mis ángeles centinelas" (pág. 52); "mis ángeles se emborrachan / con el óleo fermentado de mi soledad" (pág. 56); "sostener junto a los ángeles / el mundo" (pág. 68).

3. Y esto se ve en los poemas, que no son pocos, de mayor excelencia: *Suenan timbres* (págs. 22-23), *A alguien debes amar* (págs. 43-44), *Jazz del solitario* (pág. 45), con su guiño a Jorge Teillier; *El corazón* (págs. 48-49), que remata muy bien ("llueve en él / y grandes charcas hacen de sus calles / un barrizal de desencuentros. // Prefiero tus ojos") a pesar de que el tema podría tornarse peligroso por la tentación sentimental; *Noticia desde los huesos* (págs. 50-51); *Un blues en la memoria* (pág. 63) y *Pastería Metropól* (págs. 64-65).

Un poeta a gusto con su destino

Las contadas palabras y otros poemas
Oscar Hernández Monsalve
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2007, 187 págs.

Óscar Hernández Monsalve, quien nació en Medellín en 1925, es uno de esos poetas que, haga lo que haga y diga lo que diga, nunca ha dejado de creer en la poesía como una de las cosas esenciales de su vida. Lo anterior lo digo pensando en esos momentos en que un poeta siente cansancio de los versos que escribe y que lee, o de la a veces irritante parafernalia de la vida de los poetas, momentos en que se le oyen al escritor palabras de deslinde, ganas de no entrar más en los mundillos de la poesía.

A Hernández se le siente esa distancia y en ocasiones se le han oído frases en ese sentido. Pero no. Su vida y sus libros dicen claramente que su filiación con la poesía es una marca de nacimiento y que no hay manera de escapar. Los años, ya lar-

gos, decantan con solvencia y con un silencio sabio los avatares de la realidad.

Fue un escritor precoz porque a los quince años se inauguró como periodista en *El Correo de Medellín*, un oficio que ha ejercido a lo largo de su vida y que hoy, a sus 82 años, conserva intacto, ya no como cronista, reportero o redactor, sino como columnista en *El Colombiano*, también de Medellín. A los 25 años se inició como poeta con *Los poemas del hombre*, un género que, después de varios títulos, todavía no abandona porque, aun hoy, mueve entre las manos de sus amigos un libro de confección casera con poemas inéditos recientes.

En los trabajos y los oficios que el escritor ha desempeñado a lo largo de su vida ha puesto, invariablemente, el carácter especial que pertenece a quienes se enamoran de la vida más allá del "cumplimiento del deber". Afabilidad y talento han sido dos constantes que lo han hecho, si no un hombre feliz a la manera como cierta estolidez estandarizada vende esa expresión como una fórmula, sí con seguridad alguien cuya impronta hace volver los ojos sobre su obra. Reportero, boxeador, actor, viajero y escritor son actividades que hablan de quien no se toma la vida demasiado en serio y sí, en cambio, ha entendido que para vivir plenamente, sea cual sea la suerte al final de todo, nadie puede prescindir de una buena dosis de humor y de un gusto absoluto por lo que se hace.

Como escritor, Hernández, además de periodista y poeta, es cuentista y novelista. Es natural que en la prolijidad que significa una obra de muchos títulos, haya unos menos buenos que otros. Pero su obra, en general, es de momentos extraordinarios en prosa y en poesía, y habla a las claras de un creador auténtico.

En 1965 ganó el segundo puesto del Premio Esso de Novela con *Al final de la calle*, y sus cuentos y poemas han formado parte de varias antologías a lo largo de los años. Manuel Mejía Vallejo, Fernando Charry Lara, Óscar Collazos, Mario